

Antimilitaristas: seguimos y... seguiremos desobedeciendo

Mar Rodríguez Gimena
Jaime Sánchez Barajas
Asamblea Antimilitarista de Madrid

«El pasado no es un lugar al que se acceda meramente recordando, sino que debe ser construido y esa es una tarea colectiva: la interpretación que hagamos sobre los hechos que vivimos construirá la historia».

Ana M^a Fernández

Mucho se ha escrito sobre el antimilitarismo en el Estado español. Desde Pepe Beúnza, considerado el primer objetor de conciencia por motivos políticos, hasta nuestros días, miles de personas seguimos desobedeciendo a la lógica que nos impone un sistema que prima la cultura de muerte impuesta desde hace siglos por un sistema patriarcal, capitalista, necesariamente militarista.

Algunas de esas desobedientes hemos pertenecido y pertenecemos al MOC (Movimiento de Objeción de Conciencia)¹ y desde ese lugar hemos aprendido y perfeccionado nuestra práctica desobediente. Hemos celebrado éxitos, hemos sentido el calor de lo que se llamó 'el colchón social' y, también, sufrido en ese proceso contradicciones, dolores y fracasos. Ahora... seguimos desobedeciendo.

Las campañas de desobediencia civil más conocidas impulsadas desde el MOC (movimiento nacido en 1979 de la fusión de diversos grupos antimilitaristas y pacifistas) han sido la insumisión al servicio militar y la objeción fiscal al gasto militar. Las recordaremos en este artículo.

Otras prácticas desobedientes, como el allanamiento de instalaciones militares, inserta en la campaña Reclama las Bases, son menos conocidas. O las acciones

¹ En este enlace puede verse la última declaración ideológica de Asamblea Antimilitarista MOC <http://www.nodo50.org/tortuga/Declaracion-Ideologica-de>

internacionales en la campaña La guerra empieza aquí: parémosla aquí. Nos tememos que quien quiera más información tendrá que recurrir a <http://www.antimilitaristas.org>. El papel de las mujeres en la desobediencia civil y el antimilitarismo será tocado muy brevemente.

La campaña de insumisión. Breves pinceladas de un complejo cuadro²

La insumisión colectiva al Servicio Militar Obligatorio (SMO), conocido popularmente como 'la mili', se inicia con la presentación colectiva de cincuenta y siete objetores insumisos el 20 de febrero de 1989. En esa presentación ya diez de los insumisos fueron detenidos.

Entre los años 1989 y 1999 el número de insumisos crece desde los 371 hasta rozar los veinte mil. Es probable que las cifras reales sean muy superiores porque desde el año 1993 hay un elevadísimo número de desobedientes que dejan de coordinar su acción con el MOC y, o bien se coordinan en otras organizaciones, o simplemente se convierten en insumisos por la vía de hecho: no se presentan a cumplir ni el servicio militar ni la Prestación Social Sustitutoria.

Las solicitudes de objeción de conciencia –12.170 en 1985– crecen exponencialmente hasta llegar a ser 113.000 en el año 2000. El pico se alcanza en el año 1999 con 164.000 solicitudes.

Si nos fijamos en la proporción de jóvenes que hacían la mili frente a quienes se declaraban objetores al SMO, observamos que se pasa de un 1,85% de objetores en 1985 hasta alcanzar un 112% en el año 2000.

Según fuentes del Ministerio de Justicia, a finales del 2000 son 945.195 los objetores reconocidos y 940.000 los que tienen diferentes tipos de prórroga para no incorporarse al servicio militar o a la prestación social sustitutoria.

Y... fueron llegando los juicios, las sentencias y las condenas.

La estrategia fue utilizar el juicio con varios objetivos: dar publicidad a la insumisión, difundir su contenido, buscar el apoyo social y conseguir que el antimilitarismo tuviera presencia en los medios de comunicación de masas.

Fueron tantos los juicios que los insumisos y todos sus grupos de apoyo nos convertimos en una parte más del paisaje urbano madrileño y de otras muchas ciudades del

² Todos los datos, fechas, etc. que aparecen en este texto pueden encontrarse en <http://www.antimilitaristas.org/spip.php?article1997>

Estado. Quizá las personas que conocieron la serie de Televisión Española *Turno de oficio*³ recordarán que al inicio de cada episodio se veían imágenes de insumisos entrando a los juzgados de Plaza de Castilla mientras un grupo de apoyo se manifestaba en la calle a las puertas del edificio. Cariñosamente, hablábamos de un insumiso como a alguien que, cuando la prensa le ponía un micrófono delante soltaba toda la *chapa* política posible, casi sin respirar y, si hubiera podido, se habría encadenado al micro.

La defensa que se planteaba en el juicio era política. Lo jurídico se ponía al servicio del contenido político del acto de desobediencia. Se pedía la absolución del reo por haber actuado en conciencia y después no se solicitaban indultos. Desde el principio, y como no puede ser de otro modo en una campaña de desobediencia civil, se asumió la cárcel y se utilizó la represión como un arma política que, lo mismo que un bumerán, se vuelve contra quien reprime y cuestiona su legitimidad para hacerlo.

En 1989 se celebraron los dos primeros consejos de guerra en Barcelona y se condenó a dos insumisos a 13 meses de prisión. A partir del año 1991 los casos de insumisión pasaron a la jurisdicción civil. El código penal militar fijaba la pena mínima en un año de prisión, el Código Civil estableció el llamado 2-4-1: dos años, cuatro meses y un día.

Fueron numerosos los jueces que dictaron sentencias menores a un año y un día para conseguir la suspensión de la condena y evitar la entrada en prisión de los insumisos a la mili y a la prestación social sustitutoria.

En 1992 se celebraron 127 juicios, en el primer cuatrimestre del año siguiente, 108. En esos años, lo que llamamos la ‘lotería de condenas’ –nunca se sabía que sentencia iba a caer a pesar de qué el delito siempre era el mismo– empezaba a hacer evidente que existían profundas contradicciones y tensiones dentro del poder judicial, y no era infrecuente que algunos jueces y juezas empezaran a negarse a encarcelar a alguien por no haber ido a la mili o realizado la prestación social sustitutoria.

El nuevo Código Penal, aprobado en 1995, torna la represión más sutil y, quizá, más efectiva. Aparecen las penas de inhabilitación absoluta, lo que se llamó la muerte civil: la imposibilidad de trabajar para la Administración, contratar con ella o recibir becas. Durante un período de 10 a 14 años para los insumisos a la mili y de 8 a 12 años para los insumisos a la prestación social sustitutoria. Estas condenas podían venir acompañadas de multas que podían llegar hasta los 35 millones de pesetas (más de 200.000 euros). Esta nueva forma de represión abrió, otra vez, nuevos cauces a la desobediencia, con administraciones, centros

³ [http://es.wikipedia.org/wiki/Turno de oficio %28serie de televisi%C3%B3n%29](http://es.wikipedia.org/wiki/Turno_de_oficio_%28serie_de_televisi%C3%B3n%29)

educativos públicos, etc. que se negaron a ejecutar las sentencias y mantuvieron a empleados o becarios en sus puestos sin hacer caso de las condenas.

La última fase de este ciclo de la insumisión fue la llamada insumisión en los cuarteles –desertar del cuartel una vez incorporado a filas. Esta campaña se inicia en 1997 y supone la vuelta a la jurisdicción militar. Se volvió a los consejos de guerra en diversas instalaciones militares a lo largo y ancho del Estado y, lo que hizo la represión mucho más dura, al cumplimiento de condenas de dos años, cuatro meses y un día de privación de libertad en el penal militar de Alcalá de Henares en Madrid.

La cárcel, que en un principio fue la principal arma disuasoria del gobierno para frenar el desarrollo de la insumisión, se acabó convirtiendo en una herramienta política privilegiada. El impacto del encarcelamiento fue importante para muchos insumisos y para la gente que les quería. Una buena parte de la sociedad en aquel momento no podía comprender que la insumisión fuera un delito y fue haciendo cada vez más insostenible la postura de un Estado que solo sabía responder con la represión a la desobediencia de los antimilitaristas.

Para minimizar el coste personal se establecieron mecanismos de protección y de resistencia, se organizaron entrenamientos y talleres previos al juicio y a la entrada en prisión.

Cientos de insumisos ocuparon las cárceles de todo el territorio español. Se desarrollaron huelgas de hambre, en algunas prisiones los insumisos en tercer grado lo quebrantaron durmiendo a las puertas de la cárcel en lo que se llamó el ‘plante’ (desobediencia al tercer grado penitenciario) en 1994. En 1996 se alcanzó la cifra más alta de insumisos presos: 348. Al escribir esto viene casi automáticamente a la memoria el eterno ‘libertad, insumisos presos’, cántico que se repetía en concentraciones y manifestaciones y decoraba un buen número de fachadas en ciudades y pueblos. En 1998 aún hubo 70 insumisos encarcelados.

El amoroso colchón social que sostuvo a los insumisos

Alrededor de la insumisión se tejieron potentes redes de solidaridad y complicidades desde los sectores sociales más diversos: desde el movimiento ecologista, el feminista, grupos de okupación, asociaciones de vecinos y vecinas, colectivos de la Coordinadora de Barrios, grupos de cristianos de base, internacionalistas, prensa alternativa, radios libres, estudiantes y parados.

Especial fuerza cobraron los grupos de apoyo a insumisos y la Asociación de Madres, Padres y Amigos de objetores de conciencia insumisos.⁴ Estos grupos cercanos intentaban reducir el impacto que la represión y el encarcelamiento producía en los presos y en su entorno. Organizaban las visitas, la salida de la cárcel, cómo acompañar el tiempo de los permisos de fin de semana y difundían en prensa todo lo relacionado con la insumisión.

Vienen al recuerdo las manifestaciones a la cárcel, los comunicados de prensa, la organización de las visitas, las acampadas frente a la cárcel, las postales y las cartas de apoyo a presos que ni siquiera conocíamos personalmente. La preocupación por si estarían bien, la ternura al pensar en sus caras, la tristeza cuando no los podíamos abrazar en las visitas a la cárcel porque estaban sancionados por negarse a colaborar; las madres y a algún padre de insumisos, su compromiso político, su forma de pelear.

Las mujeres en el movimiento de objeción de conciencia⁵

En 1988 se produce la incorporación de las mujeres en el ejército. El colectivo de mujeres antimilitaristas del MOC dejó su postura muy clara: con nosotras que no cuenten.

En torno al 24 de mayo (Día Internacional de la Mujer por la Paz y el Desarme) se realizaron concentraciones, acciones de calle y ya en 1985 las mujeres de DOA –Dones Antimilitaristes– organizaron un tren con cerca de mil mujeres que se manifestaron contra la instalación de una academia militar en Tortosa.

Las propuestas contra la incorporación de las mujeres al ejército son claras, según un comunicado del año 1986: dedicar el gasto militar, a través de la objeción fiscal a fines sociales que permitan que las mujeres vivan mejor: trabajo, educación, servicios sanitarios dignos, derecho al aborto, casas para mujeres maltratadas, trabajar contra la militarización de la mujer y hacer objeción de conciencia ante una futura conscripción referente al Servicio Militar y desarrollar una pedagogía y educación que realmente trabajen por la paz y la abolición del sexismo. *Ni paz que nos oprima, ni guerra que nos destruya.*

Entre las líneas de trabajo de las comisiones de mujeres en el MOC estuvieron la potenciación del asamblearismo y la estructura no jerárquica y la toma de decisiones por consenso. Y el tratar de crear unas relaciones interpersonales no sexistas, rotando las apariciones en público y capacitándose para todas las tareas necesarias para el funcionamiento de un grupo.

⁴ R. Domínguez, *Insumisión, una forma de vida*, Asamblea Antimilitarista de Madrid, La Malatesta, Madrid, 2012.

⁵ Grupo de mujeres antimilitaristas del MOC, *Mujer y antimilitarismo*, dossier, 1991.

<http://www.mujeerpalabra.net/activismo/mujeresmocmadrid/dossiermujeryantimilitarismo.pdf>

En el funcionamiento en los grupos mixtos surgieron las contradicciones y algunas tensiones entre cómo llevar de la mano el antimilitarismo y el feminismo.

En muchos hombres del movimiento se produce el cuestionamiento profundo del rol asignado como hombres. La heroicidad, la valentía, la competitividad y el enfrentamiento violento como características que la educación recibida asigna a la personalidad masculina entran en conflicto con la necesidad de vivir la insumisión en primera persona sin caer en la consideración ni de héroes ni de mártires, así como evitar el peligro de un protagonismo excesivo que podría llevar al liderazgo y que pasasen a un segundo plano todo el resto de trabajos que desarrollaba el MOC (educación para la paz, campañas contra la militarización de las escuelas, objeción fiscal...). Esta tensión se resolvió con mayor o menos éxito a lo largo de los años que duró la campaña y de forma desigual en los diversos grupos que componían el MOC, pero nunca dejó de tenerse en cuenta a la hora de plantear acciones, calendarios de presentaciones, etc.

Muchas mujeres también se enfrentaron a algunas contradicciones dentro del movimiento: ¿seguir cumpliendo el rol de género de cuidado? ¿Romper con la imagen de fragilidad de las mujeres sin caer en ser 'heroínas'? ¿Es autoprotección o es miedo lo que tengo en cada acción directa? ¿Estamos reproduciendo los roles de la vida cotidiana: tú –varón– te encadenas y te subes a lo alto y yo –mujer– estoy de grupo de apoyo? Pero el grupo de apoyo es imprescindible, ¿no? y ¿por qué casi siempre somos mujeres? Estas y muchas otras cuestiones se plantearon de forma recurrente durante los años de acciones, ingresos en prisión, visitas y discusión de líneas políticas y estratégicas.

La objeción fiscal al gasto militar: una campaña de desobediencia civil que sigue en activo

Se cumple este año el XXX aniversario de la campaña de objeción fiscal al gasto militar. Aunque la Asamblea Andaluza de Noviolencia lanza en el año 1982 su primera campaña, no es hasta el año siguiente cuando la objeción fiscal se convierte en uno de los ejes clave de trabajo del MOC a nivel estatal.

La objeción fiscal consiste en la no disposición a colaborar con el Estado en los gastos de preparación de guerras y mantenimiento de la estructura militar, y pasa por la desobediencia activa en el momento de la declaración de la renta (IRPF). Es una campaña colectiva (la realizamos con otros movimientos y personas que apoyan el mismo proceso de desobediencia a toda la militarización social); es pública y pedagógica porque la difundimos cada año activamente, a través de medios de comunicación alternativos, en los círculos cercanos para multiplicarla; y es política porque persigue la abolición de los ejércitos y de todas las leyes que favorecen la militarización social.

En el MOC en el concepto gasto militar incluimos también el gasto en control social (policías y prisiones).

«En este contexto en que nos encontramos, las personas de la sociedad hemos tomado mayor conciencia si cabe de cuáles son nuestras necesidades. Tenemos claro, por ejemplo, que aspiramos a una vivienda digna, a la educación para nuestros hijos o a un sistema de salud que funcione. Otro debate será si todas o algunas de esas cosas las podríamos gestionar directamente sin pasar por el Estado y las multinacionales. Eso se puede pensar y discutir. Sin embargo, el más elemental sentido común nos dice que hay algo que no necesitamos para nada: el ejército. La institución militar no nos aporta nada como sociedad, al margen de las consideraciones éticas que no cabe dejar de hacer nunca sobre su existencia. Si hay algo de lo que podamos prescindir es del ejército. Si hay algo que puede y debe ser recortado son las fuerzas armadas. Es hora ya de empezar a hablar de la abolición del ejército y de la recuperación para la sociedad de los recursos que devora. Por todas estas razones, nuestra apuesta es por un gasto militar del 0%».⁶

La campaña técnicamente consiste en aprovechar la declaración del IRPF para desviar una parte de la totalidad de nuestros impuestos a un proyecto que trabaje en la defensa de un progreso social solidario.⁷

Este año 2013 el gasto militar asciende a 27.532,32 millones de euros, el 7,60% de los Presupuestos Generales del Estado. Y corresponde a 588,10 euros por habitante. Escalofriante.

Cada año numerosos pequeños proyectos alternativos y autogestionados se financian gracias a la campaña de objeción fiscal. ¿Cuántos objetores y objetoras fiscales somos? Nunca hemos tenido ese dato con 100% de seguridad, pero el año pasado recopilamos estos datos: 782 objeciones contabilizadas por el MOC, 93.695'95 euros y 149 proyectos financiados.⁸

Algunos porqués... sin respuesta clara

Cada vez que echamos la vista atrás para mirarnos en esta historia del antimilitarismo, que es la nuestra, surgen las mismas preguntas:

¿Por qué tal cantidad de varones jóvenes fueron capaces de desobedecer las leyes que les obligaban a hacer el servicio militar o, en su defecto, una prestación social?

⁶ <http://www.grupotortuga.com/Campana-contra-el-Gasto-Militar>

⁷ Más información: <http://www.nodo50.org/objecionfiscal/>

⁸ <http://www.antimilitaristas.org/spip.php?article5245>

¿Por qué la sociedad de aquella época pasó de considerar a esos jóvenes como delincuentes a apoyar su lucha?

¿Qué hizo posible esa 'marea desobediente' iniciada en el final del franquismo y que eclosiona con tanta fuerza en los años noventa?

El tema es complejo, pero aquí dejamos algunas, si no respuestas, opiniones.

El sentimiento y deseo antimilitarista no nace como una seta en medio del bosque al final de los años ochenta y estalla en los noventa. Nace en una sociedad nieta de aquella que ya se había rebelado contra las quintas a finales del siglo XIX y principios del XX; nace tras las dolorosas reflexiones –la mayor parte en soledad– de muchas personas a las que tocó vivir la guerra civil de 1936 y que habían desarrollado un profundo rechazo a la guerra y al militarismo; es heredera inmediata del empuje de los objetores políticos del tardo franquismo; recoge y reconduce la frustración colectiva tras los resultados del referéndum de la OTAN de marzo de 1986; y, por último, se enraíza en unos barrios en los que daba las boqueadas el potente movimiento vecinal de los setenta mientras se empezaban a articular respuestas autogestionadas frente al auténtico genocidio que supuso la introducción de la heroína entre las clases más populares en los ochenta.

La insumisión nace de un empuje y una clara desobediencia al Estado y sus leyes que disponían de la vida de todos los jóvenes mayores de dieciocho años a los que obligaba a pasar entre doce y dieciocho meses en un cuartel aprendiendo disciplina militar. Había un profundo rechazo y hasta repugnancia por el ejército, que representaba los valores contra los que se luchaba en ese momento.

La mili se vivía mayoritariamente como un 'marrón'. La prestación social era una forma alternativa para librarse de ese marrón que muchos no querían asumir, por injusta –duraba un 50% más– y por inútil.

En este contexto, la resistencia se volvió cosa de todos y de todas.

Desde la desobediencia civil y la noviolencia, desde autogestión y el asamblearismo, no solo del MOC sino de muchos colectivos que hicieron y apoyaron la insumisión, se construyó una campaña masiva que aún a día de hoy no deja de sorprender incluso a las personas que participamos en ella. Con un sistema de toma de decisiones por consenso, asamblea tras asamblea, con sus dificultades, la campaña fue avanzando. Y, suponemos, dejó sus semillas, y no solo en el movimiento antimilitarista.

La objeción fiscal no es tan masiva pero sabemos de la fidelidad de muchos y muchas objetoras que año tras año siguen, desde un relativo silencio, desobedeciendo al gasto militar.

A modo de conclusión

El impacto que estas campañas tuvieron y tienen sobre la vida, la forma de ver el mundo, la vivencia de la resistencia política, el conocimiento de tanta gente afín de la que nos rodeamos en nuestros años de juventud y madurez fue diferente para cada uno y para cada una.

El antimilitarismo irrumpió en la vida de muchas personas y entró a formar parte de la esfera política cotidiana durante muchos años.

Para muchas personas supuso el aprendizaje de la desobediencia en primera persona, con gente muy válida y a la que quisimos y queremos mucho. Aprendimos a trabajar el miedo a la represión, a la policía, al ejército y a la cárcel.

Vivimos intensamente las contradicciones de cada decisión, de cada reunión estatal, de cada paso más: ¿no era ya demasiado el plante al tercer grado, la insumisión a los cuarteles?

Algunas personas sufrieron y mucho con la represión de la cárcel, otras quedaron con huellas, más o menos profundas. Para muchas fue una de las experiencias más importante de sus vidas.

Y seguimos desde el desgaste y posterior renuevo de fuerzas con las nuevas campañas, ni tan masivas ni tan exitosas, extendiendo la desobediencia civil como herramienta imprescindible en el contexto actual, uniéndonos a otros colectivos o a la recientemente creada Plataforma por la Desobediencia Civil.

Entre las mareas de colores y el maravilloso y contradictorio 15M al que pertenecemos.

Sin prisa pero sin pausa... seguimos y seguiremos desobedeciendo.